

Título: El andén 27

Lema: Mundo

El autocar con destino Mairena efectuará su salida en breves instantes por el andén 27. Y ahí está nuevamente, con su pantalón vaquero ajustado y una de sus tres blusas bien planchada, destacando una figura joven, delgada, que si no fuera por la alegría que transmiten sus movimientos ligeros y su sonrisa, se diría que desgarrada.

Hace tres semanas que trabajo en esta estación y ni un solo día ha dejado de acudir al ofrecimiento que los altavoces hacen a viajar cuando llegan los autobuses. Baja por la escalera mecánica y se coloca en la fila de alguno de los andenes. A veces habla con alguien o ayuda a acomodar los bultos si hay alguna persona que muestra cierta dificultad, pero siempre hace la cola completa hasta que se detiene justo cuando le toca entrar. Entonces, tras un gesto casi imperceptible de duda, con paso ligero, deshace el camino. Vuelve a subir a la estación y sale por la puerta dejando en el ambiente el sonido seco, rítmico, de sus tacones.

Ahora está parada junto a la baranda, con las manos puestas sobre el frío tubo mirando el ajetreo de los pasajeros, las despedidas y los recibimientos, como si lo memorizara todo. Lo hace así siempre, y cada día lo espero, porque fue en ese momento alargado en el que, hace una semana, me vio. Quiero decir que

fue cuando se percató que yo existía con mi uniforme, pidiéndole disculpas para que se moviera y poder fregar bajo sus pies. En realidad no fue más que una excusa para conocerla y para atreverme a preguntarle si era ella la del anuncio de desaparecida.

No me escuchó y se dejó bajar por las escaleras eléctricas, después de decirme que era importante mi trabajo porque hacía que todos nos sintiéramos bien.

Mi hijo dice que hice lo que debía, pero no estoy segura y ahora que la veo nuevamente aquí, aún más dudo. No parece que nadie la retenga. Si se ha ido será porque así ella lo decidió y quién soy yo para influir en esa decisión. O para imaginarme que está en peligro. ¿Y quién no lo está?

Hoy ha elegido el andén 27. Se coloca el pelo detrás de las orejas mientras busca monedas sueltas en el bolsillo de la cartera. Se detiene en la fila entregada a su ritual. Disculpe señorita quisiera decirle algo. Me mira y me sorprende el contraste entre su respiración tranquila y la mía, torpe y apresurada. He llamado al teléfono de los anuncios que dicen que usted está desaparecida. El señor que me respondió dijo que enseguida vendría para acá, que tardaría dos horas. El chófer se coloca junto a la puerta y comenta en voz alta que con esta calor se le ha derretido el cerebro y que no sabe si va a saber meter la primera. Ella se ríe y yo me río para acompañarle el gesto. No estoy desaparecida. ¿No me ve? Estoy aquí. Lo que pasa es que para él estoy

desaparecida porque no estoy en Cádiz. Me tuve que ir, porque me di cuenta que yo me estaba perdiendo ¿Me entiende?

El chófer abrió la puerta y subió acomodándose y haciendo un gesto para invitar a pasar. ¿Podría llamarle otra vez y decirle que me ha visto coger un autobús que me llevará de vuelta? Subió el escalón y extendió la mano para pagar. Pero, si usted quiere volver, este autobús no va a Cádiz, va a Mairena. Mairena, repitió parándose en cada letra. Sí quiero volver, volver a mí misma. La puerta se cerró y el altavoz siguió anunciando llegadas y salidas. Me giré y me quedé contemplando la pantalla electrónica, viendo pasar los próximos destinos, cada uno de ellos con sus letras iluminadas.